

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS



R. MOLINAS
EDITOR
BARCELONA

C. P.

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, octubre de 1894 ✧ NÚMERO 1

— Con el presente número se entregará el cuaderno 1.^o de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —

AVISO IMPORTANTE

Al objeto de que se pueda encuadernar aparte la preciosa novela EL CABALLO BLANCO, hemos compaginado de manera que pueda separarse del cuerpo del periódico sin alterarse el orden de materias de éste, y con numeración aparte.



LA MÁQUINA INFERNAL: La explosión

SUMARIO

La máquina infernal.—El caballo blanco.—Variedades.

LA MÁQUINA INFERNAL

Atentado contra Luis Felipe, en París,
el año 35

El 28 de julio de 1835, quinto aniversario de la revolución que derribó del trono á los Borbones de Francia, el rey Luis Felipe se proponía celebrar una gran revista de la Guardia Nacional del Sena, juntamente con las tropas que componían la guarnición de París.

Luis Felipe de Orleans era entonces muy impopular, y en París predominaba la opinión de que la cuestión política iba á tener muy en breve un desenlace inesperado. De un día á otro esperábase ver estallar el descontento público. La cárcel de Santa Pelagia estaba llena de presos republicanos, ciento de los cuales estaban complicados en los terribles sucesos de la insurrección de Lyon. Hombres eran todos ellos que, al ser juzgados ante los Pares en el Luxemburgo, hablaron con grande audacia, demostrando así que contaban con algún apoyo y haciéndose con esto más simpáticos. Procedentes de distintas ciudades extranjeras, como Berlín, Hamburgo, Aquisgrán, Turín, etc., llegaban siniestros rumores á París, y todos ellos se referían á tenebrosos designios contra el reinante. La policía trabajaba sin descanso, registrando casas, llamando á altas horas de la noche en los domicilios de los sujetos sospechosos y arrestando á mucha gente. Los periódicos hablaban de complots y máquinas infernales; los ministros estaban muy inquietos, y Mlle. Lenormand, sonámbula que gozaba entonces de cierta nombradía, presagió que era inminente una gran catástrofe. Y no estaban menos inquietos que los ministros los señores tenderos, pues temían un saqueo general por las turbas desenfrenadas.

M. Thiers, presidente del Consejo de Ministros, resolvió, al fin, ir á ver al rey para hablarle respecto á lo que pasaba.

—Creo realmente, —dijo, —que la preciosa vida de V. M. corre peligro. ¿No sería mejor aplazar la revista?

La reina Amelia se expresó en igual sentido, suplicando á Luis Felipe que suspendiese el acto.

El rey escuchó los argumentos que se aducían; pero se negó en redondo á cambiar de resolución. La revista se había anunciado para el 28, y quería que se celebrase en tal día.

—Ya que V. M. se empeña en ello, —arguyó Thiers, —suplico á V. M. que, cuando menos, disponga que la revista se efectúe en otro sitio que el anunciado.

El monarca rechazó el consejo que le daba Thiers, riéndose de los temores de su esposa y

del ministro. Era hombre de valerosa, todo, obstinado cuando se empeñaba en alguna cosa.

—Todos esos rumores son cuentos de viejas, —dijo. —Mi policía, que está obligada á saber lo que se dice y lo que se trama, tiene mucho que contar en punto á descontento y malas voluntades; pero, aparte de esas murmuraciones, nada hay, y es pura fábula cuanto se diga sobre conspiraciones contra mi persona. Sé perfectamente que no son pocos los que ahora me tienen inquina; pero la ley basta para guardarme. En cuanto á jaranas, ya hemos tenido una docena en Francia en estos últimos dos años. ¿Qué consecuencias tuvo lo de Grenoble, lo de Chalons, lo de Marsella y lo de Lyon? ¿Qué ha resultado de todo eso?

—En primer lugar, —contestó Thiers, —ha resultado que en el espacio de doce meses se ha tenido que reducir á prisión á dos mil personas, sin contar los que han sido expulsados de Francia.

—Tant mejor, —dijo el rey. —Eran enemigos.

—En segundo lugar, —añadió el ministro, —han comparecido ante los tribunales ciento sesenta acusados por delitos políticos.

—Lo cual demuestra, —repuso el reinante, —que la ley se puede aplicar á muchos á la vez.

Thiers no se atrevió apenas á decir que de cada acusado convicto, diez ó doce se consideraban como víctimas de una injusticia. Sabía que la prensa no podía casi decir nada, sin la seguridad de ser duramente penada, pues Luis Felipe estaba resuelto á no permitir que se extralimitase en lo más mínimo; y, sin embargo, los periódicos, aunque de una manera muy velada, habían anunciado la inminencia de una catástrofe en más de cien artículos, que no admitían ninguna interpretación equívoca. A decir verdad, los periodistas tenían razones de sobras para sentirse particularmente ofendidos de aquel estado de cosas. Habían luchado valerosamente en las barricadas para alcanzar la libertad de imprenta, y el hombre á quien pedían reconociese su derecho les tiranizaba.

Los amigos del rey pensaban que lo mejor sería organizar una buena guardia que le rodease el día de la revista. El duque de Orleans, al comunicar sus sospechas al general Baudrand, su ayudante de campo, le dijo:

—Amenazan hacer fuego contra nosotros, general. Mis hermanos y yo permaneceremos junto al rey durante la revista, escudándonos con nuestros cuerpos; y vos, con los demás oficiales de la escolta, deberéis acudir también á proteger al rey apenas observéis el menor movimiento entre la multitud.

Otro ilustre guerrero, un veterano que había tomado parte en todas las batallas del gran Napoleón y que arrostró la muerte más de cien veces sin que le arrebatase nunca, el mariscal Mortier, duque de Treviso, se irritó de tal manera al oír aquellos rumores, que, á pesar de no permitirle apenas su quebrantada salud montar á caballo, resolvió formar parte de la escolta.

—Decididamente,—exclamó, cuando su familia trató de retraerle del proyecto;—decididamente. voy á la revista. Soy muy alto y podré proteger al rey.

A decir verdad, no parecía sino que Luis Felipe era el único hombre en París á quien no inspiraba temor la revista. Hablaba con la mayor amabilidad á todo el mundo, estaba de muy buen humor, y nadie pudo notar que se le escapase la menor palabra que demostrara que hiciera el menor caso de los avisos de sus más fieles servidores. Cierta editor le presentó una obra que necesitaba su real aprobación.

—Mañana lo haré, si no me matan,—dijo el rey.

Así, pues, no se hizo cambio alguno, ni se adoptó ninguna medida extraordinaria para la revista.

Amaneció alegremente la mañana del 28 de julio, oyéndose ya á primera hora redoblar los tambores de la Guardia Nacional en todos los ámbitos de la ciudad. El cielo estaba sereno, y anunciábase un día de mucho calor. Los árboles, que tan agradable aspecto comunican á París, estaban cargados de verde follaje, y tenían sus hojas cubiertas de polvo. Polvorientos estaban también los bulevares, porque la multitud iba y venía, reuniéndose para presenciar el vistoso espectáculo. A través de las ca-lurosas calles, obstruidas por los parisienses, comenzaron los regimientos á moverse, mostrando una larga línea de bayonetas. En las filas de la Guardia Nacional veíanse muchos claros, lo cual indicaba la falta de afecto al rey. «La ciudad parecía alarmada,—dice Luis Blanc,—y en todos los semblantes notábase cierta expresión angustiosa; mientras que la mayoría del pueblo permanecía silenciosa y disgustada». Sin embargo, el espectáculo valía la pena de ser presenciado.

Comenzó la revista á las diez y media. El rey salió por la puerta grande de las Tullerías, siendo aclamado por los granaderos. Por parte del pueblo hubo pocos vivas; pero Luis Felipe tuvo una benévola sonrisa para todos y saludaba á derecha é izquierda. Iba seguido de un brillante estado mayor, con sus tres hijos los duques de Nemours, de Orleans y el príncipe de Joinville, todos inquietos y ocultando su ansiedad como mejor podían, pero manteniéndose lo más cerca posible de su padre, para protegerle si necesario fuera. El veterano mariscal Mortier, duque de Treviso, gran canciller de la Legión de Honor, avanzaba detrás del monarca, como lo había prometido. También le acompañaban otros mariscales, el marqués de Maison, el ministro de la Guerra y el conde Lobau Molitor.

Hemos dicho que los vivas eran muy escasos; pero Luis Felipe sonreía, como si se le tributase una ovación. A eso de las doce y media llegaron el rey y su séquito al bulevar del Temple, donde se hallaba agolpado numeroso gentío. Si París no era leal, por lo menos mostrábase curioso. En las aceras del bulevar hallábase obstruido el paso, y todas las ventanas estaban ocupadas. El cortejo llegó pronto

á un barrio más pobre, y allí fué algo difícil conseguir que quedase expedito el paso. Frente al Jardín Turco veíase un ancho espacio, donde se hubiera podido pasear sobre las copas de los álamos, y en el terrado llamaban la atención muchas damas elegantes.

Cuando el rey llegó á este punto, un tal Bock, granadero del primer batallón de la 8.^a Legión, se adelantó de las filas para presentar un memorial. Esta legión estaba formada en el trecho que se extendía entre la calle del Temple y la de San Rouge. En el momento en que Bock avanzó con su memorial, el ayudante de campo del rey, M. Laborde, alargó la mano para recibirlo. El rey pasaba entonces cerca de un árbol que se elevaba frente á un grupo de construcciones, en cuya extremidad había un café de dos pisos, mezquinísimo, hasta el punto de que la misma muestra aparecía llena de manchones en diversos sitios. La última ventana tenía las acostumbradas persianas verdes, que se abrían hacia fuera, y otra que había más arriba estaba abierta; mas no se hubiera podido ver desde la calle el interior de la habitación, pues estaba oculto el vano por una persiana de cortina.

Luis Felipe, como hemos dicho, pasaba cerca de un árbol, cuando de improviso resonó una formidable detonación, dominando el rumor de la calle, al par que se oía un ruido semejante al que produce una descarga irregular de artillería. En el mismo instante, y antes de que la multitud pudiese volver la cabeza, las sillas de los caballos del séquito del rey quedaban desocupadas como por encanto, á lo cual siguió un alarido espantoso, acompañado de exclamaciones de horror. Después la multitud comenzó á empujarse, oprimiéndose más, y por todas partes resonaban gritos, imprecaciones y lamentos.

Aquello fué obra de tres segundos. El real séquito, tan brillante hacía un momento, se había desbandado. El bulevar estaba obstruido ahora por hombres y caballos caídos, unos muertos y otros moribundos. Una mano invisible había hecho una descarga, que barrió la calle bajo el terrado del Jardín Turco, donde las elegantes damas gritaban ahora y se retor-cían las manos, empujándose unas contra otras, para huir cuanto antes de allí.

La Guardia Nacional y la multitud se revol-vían, como si faltase la tierra bajo sus pies. Nadie podía decir qué había sucedido; pero veíanse en la calle cuerpos ensangrentados, y por los aires una nube de humo, que salía de la ventana abierta.

Esto duró un minuto ó dos. Después los más valerosos recobraron la serenidad y buscaron al rey.

Estaba éste sano y salvo, aunque se le vió llevarse una mano á la frente, que una bala había rozado; otra bala cortó parte de la crin de su caballo, y el animal, saltando espantado, chocó contra la montura del duque de Nemours, contusionando el brazo del rey. Por un instante, Luis Felipe creyó estar herido, pero pronto recobró su aplomo, y, dirigiendo una mirada

á su alrededor, vió que sus tres hijos seguían montados. El duque de Orleans y el príncipe de Joinville se esforzaban para acercarse á él, á fin de ver si el rey estaba en salvo. Luis Felipe les dirigió algunas palabras para tranquilizarlos, miró un momento los cadáveres que había en torno suyo, y avanzó por la calle con toda la rapidez posible, saludando á los guardias nacionales y tratando de restablecer el orden con su presencia. Los guardias, pocos minutos antes tan hoscos y silenciosos, prorrumpieron en aclamaciones. Así hacen siem-

de Villette, capitán de artillería, murió también á consecuencia de haberle fracturado el cráneo un proyectil. Entre los demás muertos figuraban un tal Labrousse, recaudador de contribuciones; Leger y Benettel, granaderos de la 8.^a Legión; Prudhomme, sargento; Richard, traficante en vinos; Ardouin, periodista; Brunot é Inglar, tejedores. Entre los heridos contábanse la Sra. Ledernet; la de Briosne, que recibió cuatro balazos en los muslos; una obrera que había ido á ver la revista con su niño; Rosa Alison, herida en un muslo; Luisa



LUIS FELIPE

pre las multitudes: el valor es acatado siempre.

Seguían saliendo bocanadas de humo de la ventana de la casa n.º 50, que era la del mezquino café: una docena de hombres se precipitaron hacia la puerta, mientras que otros iban á recoger los muertos y heridos, cuyo número ascendía á diez y nueve. Entre los primeros figuraba el pobre anciano mariscal Mortier, cuya corpulencia, como él había dicho, sirvió para escudar al rey. Una bala había penetrado por su oído izquierdo, cortando después los músculos del cuello y rompiendo la segunda vértebra cervical. Mortier contaba sesenta y siete años de edad, había sufrido los horrores de la retirada del Grande Ejército de Moscou, y ahora moría triste y miserablemente en París á consecuencia de un complot. El marqués Lachasse de Verigny, de sesenta años, á quien un proyectil había destrozado la mano, murió la misma noche, y en el cuello de su caballo encontráronse cinco balas. El coronel Raffé, de la Guardia Nacional del Sena, falleció también á las pocas horas, y contaba cincuenta y seis años. El teniente coronel Rieussac, de la 8.^a Legión, recibió tres balazos que le dejaron sin vida, y el conde Oscar

Josefina Remy, niña de catorce años, que murió después, y un muchacho llamado Leclerc, que sucumbió al cabo de un año.

También quedaron gravemente heridos cinco oficiales, ocho guardias nacionales, cinco obreros, cinco mujeres y tres niños, componiendo entre todos un total de cuarenta y dos. Después se vió que una ligerísima diferencia en la elevación de la máquina infernal habría bastado para ocasionar la muerte de más de cien personas. Si la descarga se hubiese hecho un segundo antes, Luis Felipe habría caído con todo el cuerpo atravesado. Mientras se procedía á levantar los muertos y moribundos, una multitud frenética se agolpaba contra la puerta de la casa n.º 50, obstruyendo la entrada por su mismo afán de penetrar, mientras que oficiales, agentes de policía, soldados y ciudadanos forcejeaban para ser los primeros en tomar venganza contra los perpetradores de aquella horrible carnicería. Al fin, entraron en el café, cuyo dueño era un tal Durant, y subieron al primer piso, buscando por todas partes; pero los más serenos, los hombres que habían visto salir el humo de la ventana después de la detonación, sabían que el daño se había hecho desde el segundo piso.



LA MÁQUINA INFERNAL: Seguían saliendo bocanadas de humo de la ventana de la casa...

M. Jacquemin, comisario de policía, fué el primero en franquear las escaleras; pero la puerta de la habitación estaba atrancada.

De un puntapié la abrió, y entró seguido del mayor M. Lamegie, tres municipales y ocho hombres de la Guardia Nacional.

El olor de pólvora era sofocante; cruzaron

por dos habitaciones vacías, llenas de humo, y en la tercera vieron un terrible y curioso espectáculo.

Detrás de la ventana abierta había una especie de marco de madera, en el cual se habían encajado veinticinco cañones de carabina, viéndose algunos reventados y otros retorcidos

y rotas sus ataduras. A la derecha, al entrar, vieron un hornillo, en el cual ardía aún cierta cantidad de paja y leña, y, *temerosos de que se produjera otra explosión, ó de que se les hubiera preparado alguna celada*, retrocedieron al principio; pero, recobrando en seguida su valor, diseminaron el combustible por el suelo y lo apagaron.

Tan denso era el humo de la pólvora, que apenas veían ni les era posible respirar sin dificultad. Pronto observaron que en la pared había manchas recientes de sangre; junto á la puerta vieron un sombrero de color gris, y cerca de éste varios trozos de un cañón de carabina, de lo cual dedujeron que el criminal había sido herido por un fragmento de su máquina diabólica. Esto explicaría las manchas de la pared; pero ¿dónde estaba el hombre?

M. Jacquemin vió de pronto una puertecilla frente á la ventana y corrió hacia ella.

—¡Aquí están! — dijo. — ¡Aquí están, seguramente!

Pero se engañaba: la puerta se abrió, y no vieron más que un armario, que contenía un jergón y alguna paja.

Entonces volvieron á las dos habitaciones vacías; y como viesan á la izquierda una cocina de estrechas dimensiones, cuya ventana daba á un patio, penetraron en ella. Allí había también fragmentos de cañón de carabina y manchas de sangre en la pared; pero M. Jacquemin divisó de pronto en un rincón una escalera que conducía á una especie de desván, y corrió hacia ella.

Ya iba á subir, cuando el sargento Dantrep, de la Guardia Municipal, le interceptó el paso diciendo:

—Yo estoy armado y vos no.

Y con el sable en una mano y una pistola en la otra comenzó á subir valerosamente la escalera y penetró en el desván.

Los que estaban abajo esperábanle con impaciencia, dispuestos á correr en su auxilio; pero no se oyó rumor alguno de lucha.

El sargento volvió á salir, diciendo que el culpable debía haber huído, pues sólo había encontrado un martillo y una carta sellada.

En el mismo instante se oyó una exclamación en la cocina: todos vuelven la cabeza y fijan su atención en un soldado que acaba de asomarse á la ventana; éste mira una cuerda pendiente de un lado de la casa, que llega hasta el patio y está manchada de sangre en varios sitios: es evidente que los criminales han escapado por allí.

Los hombres vuelven á subir. Mientras están buscando, un oficial llamado Daudin había ido al patio con algunos individuos de su brigada, y, de improviso, el agente de policía Lefèvre grita:

—¡Un hombre se descuelga por una cuerda en el patio contiguo!

Lefèvre y su compañero Devillers trepan á un cobertizo, desde donde pueden ver el patio inmediato; mientras que Daudin corre á la puerta de la vecina casa, que es el café de las Mil Columnas, á fin de cerrar el paso al fugi-

tivo; pero, desgraciadamente, Daudin corre de tal modo, que la multitud, tomándole por el asesino, le detiene, y antes de reconocerse la equivocación se le envía al cuartelillo del Chateau d'Eau.

Pero Lefèvre y Devillers, que han trepado al cobertizo, se dejan caer en el vecino patio, y dan con un hombre de escasa estatura, pero fornido, casi cegado por la sangre que corre de una horrible herida que tiene en la sien, la cual trata de cubrir con ambas manos.

No podía oponer resistencia, y fué conducido desde luego al cuartelillo del Chateau d'Eau entre bayonetas.

Entretanto, Luis Felipe regresaba á las Tullerías. La reacción en la multitud había sido instantánea: ya no se veían rostros ceñudos ni miradas de enojo en la Guardia Nacional; los ciudadanos agitaban sus sombreros, y los guardias sus morriones en las puntas de las bayonetas; oíanse ruidosas aclamaciones y los gritos de: —¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

Luis Felipe, aunque conservando, muy acertadamente, su expresión risueña, no era tonto: no se le ocultaba hasta qué punto era sincero aquel entusiasmo, pero comprendía también que era debido á una reacción momentánea. No perdió tiempo en preparar las cosas de manera que toda la cólera provocada en aquel acto infame recayera sobre sus enemigos políticos, y se trabajó para que la gente creyese, por varias indicaciones, que los responsables del crimen eran los amigos de la duquesa de Berry, echándoles así el mochuelo á los Borbones.

Volvamos ahora al hombre herido á quien se condujo al cuartelillo del Chateau d'Eau.

Lo primero que se hizo fué registrarle, y encontrásele un paquete de pólvora, un reloj, un cuchillo con mango de cuerno, unos anteojos verdes y seis francos cincuenta céntimos en dinero. En medio de la confusión (según se descubrió después) había podido arrojar debajo de un catre de campaña un puñal con empuñadura de plata.

Se le condujo de nuevo á la habitación donde estaba la máquina infernal, é interrogósele en presencia de M. Gisquet, prefecto de policía; del Fiscal General, y de los comisarios de policía. Estaba casi desmayado por la hemorragia, pero confesó débilmente que él era el autor del atentado.

Dijo llamarse Girard, y así se comprobó por el recibo de la casa, en la que había alquilado el segundo piso del n.º 50.

Después se le confió al cuidado de los doctores Marjolin y Olivier D'Angers, y condujosele á la Conserjería á las dos de la tarde.

Allí se le interrogó de nuevo; pero estaba tan débil, que solamente pudo contestar á media voz.

Su declaración se redujo á decir que no tenía cómplices, que había construido él mismo la máquina infernal con sus propias manos y por idea propia, habiéndose ocupado algunas semanas en su confección.

En este punto se desmayó; mas, habiéndose

restablecido algo por la noche, declaró esta vez que tenía cómplices, y que él no había hecho más que tener la persiana levantada para hacer fuego. La política le había impulsado a proceder así, pues era ardiente republicano.

Los doctores intervinieron al llegar aquí otra vez, pues el desgraciado sufría la mayor angustia, y se le dejó para que pudiera descansar.

A la mañana siguiente, mejorado ya, pudo hablar algo. Dijo que se llamaba José Francisco Girard, de treinta y nueve años, casado.

plices ó no, siendo muy diversas las opiniones. Un hombre declaró que había visto á tres individuos en la ventana de la cocina del número 50, mirando al patio; otros aseguraban que escaparon tres hombres por el tejado de la casa, encaminándose después por la calle de Fosses del Temple.

La policía comenzó á practicar sus averiguaciones, buscando al hombre que había llevado los cañones de la máquina al n.º 50, empaquetados en un fardo. Este hombre dijo que el bulto pesaba tanto, que le hacía doblar



LA MÁQUINA INFERNAL: Vieron un terrible... espectáculo

Su mujer y su hijo estaban en Lodève, cerca de Montpellier; era republicano y había tomado parte en uno ó dos motines: la lectura de los periódicos fué lo que le indujo á cometer el crimen. Como se le hiciese presente la atrocidad de la acción que había cometido, exclamó:

—¡Oh! ¡Si! Soy un desgraciado, un miserable, no me queda esperanza de salvación; pero tal vez haya prestado un servicio: esto es lo que falta ver. Me arrepiento de lo que he hecho; pero tal vez pueda evitar algo: ya lo veremos. No citaré nombre alguno, ni venderé á nadie. Mi crimen ha sido demasiado para mi razón.

El mismo día de la matanza, la Cámara de los Pares fué autorizada para juzgar á los conspiradores, bajo la presidencia del duque Pasquier.

Hasta entonces solamente se había detenido á Girard, y la policía ignoraba si tenía có-

mplices, y que medía unos cuatro pies de longitud.

Después se encontró un hombre que había vuelto á llevar el fardo, que era una caja de madera cubierta de cuero, á la plaza de Vendôme. Girard tomó allí un coche de alquiler para conducirlo, y dió al cochero orden de dirigirse á la plaza Maubert. En este punto, Girard cargó con ella y encaminóse hacia la calle de San Víctor.

Aquí se perdía la pista: Girard rehusaba decir dónde había llevado la caja.

A los pocos días, sin embargo, gracias á las más minuciosas pesquisas, se consiguió descubrir que la había conducido á casa de un marmolista llamado Nolland, habitante en la calle de Poissy, n.º 13. Interrogado este hombre, dijo que se le había presentado Girard, rogándole que le permitiera dejar allí el cajón, por el cual irían antes de una hora, y advir-

tiéndole que no lo entregase sin una orden de M. Morey, guarnicionero, que vivía en la calle de San Víctor, n.º 23. Nolland declaró que este Morey fué á buscar la caja con un mozo de cordel.

(Se concluirá)

Mientras ardía el fuego bajo la vasija de cobre ó de barro que contenía el agua hasta que llegaba á la ebullición, rezaba el sacerdote una oración determinada, y luego metía la mano el acusado hasta alcanzar una piedra que el juez tenía suspendida de un cordelito á la profundidad de un palmo, cuando menos.



LA MÁQUINA INFERNAL: —¡Un hombre se descuelga por una cuerda!—gritó Lefèvre

VARIEDADES

CURIOSIDADES HISTÓRICAS

Uno de los medios de que los que administraban justicia en la Edad Media se valían para convencerse de la culpabilidad de los acusados, consistía en la prueba del agua hirviendo.

Se efectuaba ante los sacerdotes, como la del agua fría. Oía misa, el acusado, recibía la comunión, pronunciaba el clérigo el terrible conjuro y salían del templo para el lugar de la prueba.

Si dos personas denunciaban el crimen, se sumergía la piedra un palmo; si tres, un codo, y tenía el acusado que meter el brazo en el agua. En seguida envolvía el sacerdote el brazo ó la mano del supuesto delincuente, y el juez ponía en él su sello, encerrándole después en la cárcel durante tres días, al cabo de los cuales se le examinaba. Si las carnes estaban abrasadas, se le tenía por reo convicto. Si permanecían incólumes, era declarado inocente. Es de suponer que esto no sucedería nunca.

Por lo demás, esta prueba se halla consignada en los cánones 19 y 40 del Concilio de León.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—MANUEL PLA Y VALOR: Ancha de San Bernardo, n.º 19, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. ≈ NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA